

Notas sobre metaforología, ideología y temporalidad conceptual

Matías González

NOTAS SOBRE METAFOROLOGÍA, IDEOLOGÍA Y TEMPORALIDAD CONCEPTUAL

Al igual que en la particular conjugación verbal que diera inicio a la epopeya *À la recherche du temps perdu*, y esto según el punto especial de interés del que Blumenberg extraerá uno de los temas para la introducción a su última gran obra en vida, Freud prestará especial atención al instante del umbral de vigilia, entre consciencia y sueño, de especial relevancia en la exploración de relaciones entre imagen y pensamiento. Por sobre todo, y a pesar de que el tratamiento en la *Traumdeutung* haga recaer la acentuación en torno al cuidado de la figurabilidad del sueño, y más allá de una coincidencia accesoria de estos diversos umbrales, interesa destacar por ahora el modo en que tal espacio de vigilia permite acercarse a la cuestión de los *pasos* entre pensamiento e imagen.

A este respecto, Herbert Silberer ofrecerá las claves para un experimento intelectual muy bien recibido posteriormente por Freud —e incorporado a su obra en 1914— en el que se plantea la situación de aquel que se impone a sí mismo un esfuerzo intelectual en sus últimos momentos de vigilia, como sería el intentar resolver o recordar un problema filosófico —aunque es probable que hubiera bastado una intensificación de la atención sobre el propio discurrir— pudiendo observar el modo en que la secuencia se le escapa, vencido por el sueño, apareciendo en su lugar una imagen en la que se le hace reconocible, no obstante —en un cierto sentido formal de las propiedades— aquello de lo que se trataba. «Ejemplo n° 1: Pienso en que me dedico a mejorar, en un ensayo, un pasaje complicado. Símbolo: Me veo cepillando un trozo de madera [...] Ejemplo n° 9: Pierdo el hilo de mis pensamientos. Me esfuerzo por reencontrarlo, pero debo reconocer que se me ha escapado por completo. Símbolo: un trozo de composición tipográfica cuyas últimas líneas faltan»¹ En otros casos del subgénero, podría ser la fatiga misma el objeto de la figuración, el estado subjetivo en lugar del objeto de su esfuerzo, lo que Silberer llamará el «fenó-

1 S. FREUD, *Obras completas*, Tomo 5, Amorrortu, Buenos Aires, 1994, p. 350.

meno funcional» por oposición al «fenómeno material», aunque nada excluye que ambos puedan aparecer sobredeterminando un pasaje de composición onírica; oportunidad que permitiría reencontrarnos con uno de los patrones formales fundamentales sobre los que se levantará la empresa psicoanalítica, que entiende sus fenómenos (o, para evitar reparos o eventuales narcisismos, formaciones) por descomposiciones y «líneas» de transmisión, por hilos e influjos de ascendencias que se rearticulan bajo nuevas necesidades formales, expresivas; género de relaciones o estilo de comprensión que podría ser a su vez descompuesto en nuevas condiciones de formación, lo que siguiendo un interés metaforológico podría llevar a reconstruir el modo en que el subsuelo de articulación en relación a las sucesiones a tener en cuenta en el caso del psicoanálisis, pueda ser justamente un modo de concebir las relaciones de sucesiones entre campos de unidades de sentido, a veces llamadas elementos, otras tantas ideas. Es decir, que el estado de las disposiciones de algunas formas de comprensión vigentes en el universo intelectual alemán de fines del siglo diecinueve –lo que podría tomar mayor relieve de hacerse algún juego comparativo– o también teniendo en cuenta la importancia de una larga tradición filológica, con sus universos formales y modulaciones de sentidos de entendimiento, guardaría no poco interés para una reconstrucción histórico-conceptual de las formas cambiantes de entender o practicar la historia de los conceptos, siendo que un tal estado de precondiciones orientativas tuvieran que ver a su vez con una racionalidad inherente al espíritu intelectual de cuyos patrones se pueda seguir pistas atinentes a procesos de formación teórica –para el caso, psicoanalítico; lo que parece devolvernos a nuestro punto de partida, es decir, a la cuestión de los umbrales.²

En este contexto, un tipo de orientación determinado por una posible extracción o derivación, entre otras, no siendo tal vez la más importante o significativa, nos llevaría a un momento de atención en las condiciones o tramas de actividad a partir de la diversidad de relaciones de desplazamientos entre formas simbólicas; en las contigüidades y contingencias, las pluralidades o reconducciones en la plasticidad no siempre inmediatamente reconocible de las múltiples variables de migraciones.³ Metáfora ésta que por cierto se in-

2 Línea argumental que se desprende a partir de una consideración más extensa en sentidos diversos –en el marco de un estudio en torno al texto blumenbergiano, distintas formas y conceptos de relaciones históricas entre unidades de sentido, problemas atinentes a los límites entre fantasía y realidad, entre «posibilidad» en un campo post-neokantiano y antropología, una ilimitabilidad entre literatura y filosofía, entre otros; el cual, al igual que el presente trabajo, forma parte de un proyecto más vasto de estudios en torno a estos temas y los que a continuación veremos con mas detención, efectuados bajo el apoyo de la entidad MAEC-AECI en la Universidad de Murcia.

3 Los límites entre la multiplicidad de dimensiones que integran (sobre la tensión ilustrada por algunas versiones conceptuales del binomio sujeto y estructuras) los planos *activos*

tegraba como una dimensión sustancial al espíritu de proyectos como el de A. Lovejoy —en cuya propia reconducción a una trama en una situación conceptual o epistémica ya muy diversa fuera pasible de ser extensivo tal vez aquí podría decirse, entre diferentes «niveles de lenguaje». O, sólo metafóricamente —y ejemplificando así otro eventual movimiento— si ésta fuera una consecuencia que quisiera extraerse de los posibles desplazamientos y pasajes entre planos asociativos significantes, semánticos, contiguos, metafóricos, imaginables, etc.; situación que podría conllevar tal vez nuevamente a una serie de posibilidades, a su vez formales o asociativas —en relación a distintos campos discursivos, como los históricos intelectuales— de las que aquí, ente otras cuestiones, se intentará generar algunas observaciones. La manera más sintética de resumir la problemática de este trabajo sería, quizás, bajo la forma de un espacio de accesos estructurado por una aproximación en diagonal en torno a conceptos como los de imagen, conceptualidad y tiempo, y sus relaciones, a través —en esta ocasión— del hilo conductor de la problemática «ideológica». Oportunidad que nos permitirá poner en conexión una serie de discursos e intereses que podrían conllevar el esfuerzo de un ajuste a diversos campos relacionados al contexto en el que este trabajo sería publicado.⁴

OBSERVACIONES SOBRE ALGUNAS IMÁGENES DE LA IDEOLOGÍA

Bajo la forma de un nuevo intento —entre tantos ocurridos en el último siglo— de aprehender finalmente materia tan aparentemente evanescente como aquella relativa a los contornos «claros» de una verdadera ideología, desde el contexto de una antropología «posmoderna» C. Geertz esbozaría las líneas de una perspectiva tridimensional articulada a aspectos sociales, psicológicos y,

—quedando, pues, ambigua dicha atribución— del *trabajo* de lectura por definición operativo, cuyo rendimiento filosófico y en la historia de la filosofía sería, contemporáneamente, en varios sentidos, *inmanente*, en el «avance del conocimiento» como le gustaría decir a un positivista, o en las contingencias mínimas entre las texturas de cuya productividad espiritual se desconocen límites que no sean precarios y transitorios, el término hipótesis y las asociaciones dadas bajo el expediente del científico o el historiador que asuma con más fuerza la interrelación de un rol de objetividad en lugar del interés por el margen o reino de una posibilidad, tienden a volverse, por momentos, según el parámetro de un interregno imaginario, indecidibles.

4 A pesar de no ser éste, al menos en sentido clásico, un texto «sobre» Blumenberg, se estima que el lector blumenbergeano encontrará distintos modos de articular problemáticas relacionadas al autor alemán junto a otros fenómenos conceptuales de los que aquí se tratará de dar cuenta. El trabajo se podrá entender así como una lectura de inspiración blumenbergeana de otros textos o problemas, o bien como un tratamiento del mundo conceptual blumenbergeano llevado a cabo de una manera indirecta, diferida, o no inmediata. Véase, entre otros, H. BLUMENBERG, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003; *Las Realidades en que vivimos*, Paidós, Barcelona, 1999; *Nafragio con espectador. Paradigma de una metáfora de la existencia*, Visor, Madrid, 1995; *Salidas de caverna*, A. Machado Libros, Madrid, 2004.

por sobre todo a un campo –en el que residiría su novedad específica– definido por algunas dimensiones de la *acción simbólica* y metafórica.

Para el autor, el problema que habría rodeado históricamente (y por momentos, con apasionada virulencia) a la cuestión de en dónde –si acaso en alguna parte– termina categóricamente la ideología y comienza la ciencia sería pasible de una solución de carácter puramente conceptual.

Luego de introducir dicha problemática a través de lo que llamará la paradoja de Mannheim⁵ –o, también, en su propio lenguaje, constituyendo además ésta para Geertz una de las «ironías de la historia intelectual moderna», la absorción de la noción de ideología en su propio (tradicional) campo referencial– el autor planteará que el concepto de ideología podría adquirir o recuperar un carácter puramente objetivo y neutro al ser integrado por una teoría cultural cuya relación con las dos grandes teorías que el autor considera como antecedentes –la teoría del inerte (oculto) y la de la tensión– sería una relación de absorción y superación en tres etapas, de creciente complejidad analítica, al disponer en cada caso de mejores «herramientas» para tratar dimensiones o aspectos que en las precedentes habrían quedado oscurecidos o reducidos.

En este sentido, para la tantas veces considerada e incluso devenida parte del sentido común «teoría del interés» las composiciones simbólicas acerca de un estado del orden social o relativas a éste de un modo u otro (a veces excesivamente libradas a las artes –o la suerte– del intérprete, dada la opacidad de las múltiples conexiones a ser descifradas en consignas además ambiguas como la de aquello que «podría» estar siendo funcional o no a una determinada situación si se piensa en su transformación profunda –y cuyo efecto invertido sería tal vez estructuralmente afín bajo una eventual «afinidad selectiva» según la fórmula de H. White, por lo tanto previa, a una invisible sensación de interpelación–) estarían «determinadas», «condicionadas», o serían el «reflejo» de un conjunto de motivaciones que han de pensarse enraizadas en la posición social (entendida aquí en términos de clase, acorde al universo conceptual epistémico que el autor describe como «clásico»). Lo que una mirada posterior tenderá a agregar a dicha formulación podría por ejemplo dar lugar a una consideración según la cual, contemporáneamente, una determinación de motivación de esta naturaleza sería parte de un juego (o un mundo) o un sistema de coordenadas en las que se articula pero que no sería la única cadena de relaciones en las que el agente social se encuen-

5 En relación a la extracción de una consecuencia de la sociología del conocimiento que obligaba a que esa misma sociología sea sometida a un estudio sociológico, y que la habría internado en una posición problemática o incómoda en cuanto a toda pretensión de objetividad carente de un excesivo tono de relativismo. C. GEERTZ, «La ideología como sistema cultural», en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 171-202.

tra inmerso (habitando y habitado) de manera simultánea; es decir, que una «motivación» podría ser una formación enraizada en una sobredeterminación de variables estructurales yuxtapuestas; un compuesto único en su tipo si bien se trate de sistemas y disposiciones públicas. Este sería un modo de ver por qué la teoría marxista clásica no ha dejado de ser relevante en cuanto a una dinámica de acción operante en un espacio social de interacciones, sino que una ampliación sociológica se interesaría por la existencia de una variedad de dinámicas o sistemas que componen las modalidades de inserción en estructuras determinantes de algo entendible como una motivación. Pero no es éste el argumento de Geertz, al que sólo le basta con enfatizar que en campo «postfreudiano» las motivaciones explicadas bajo un sistema de análisis tradicional puede presentarse como excesivamente simplificador; en sus palabras, el modelo explicativo clásico terminaría oscilando –más o menos disimuladamente en cuanto a su lectura de la motivación– entre «una psicología demasiado anémica y una sociología demasiado muscular», en tensión con un «estrecho utilitarismo» (que paradójicamente sería la gran reducción de concepciones sociales siglo y medio mediante cuyo rendimiento en el estado de condiciones culturales en que se integran serían leídas como funcionales a tendencias políticas completamente opuestas a las clásicas –con todo el riesgo que media en tales traducciones como actos en sí interpretativos–) O sea, que muestra a los hombres impulsados por una búsqueda única y cuasi permanente de ventajas, poder o intereses, y al campo de la acción como un espacio de «tácticas y estrategias» disimuladas bajo el barniz del lenguaje de los valores –cuyo efecto, por lo demás sería aplicable al propio discurso, minándolo parcialmente en su eventual potencial de persuasión, definiendo, por una vía accesoria como único camino de salida el polo gramscianamente disminuido de la coerción–. He aquí el análisis o el argumento en este primer nivel de consideración, sin entrar en la cuestión de si la intención voluntaria de acción «tendente a» pueda ser o no conducente al fin al cual dicha intención hubiera deseado tender o conducir, sea esto desde el mismo inicio –o sólo subsiguientemente, por alguna modificación estructural no percibida, quedando muy poco salvada la brecha entre la intencionalidad y un mundo que se ajuste a ella–.

El problema de la teoría del interés –por su parte– guardaría relación con la coordinación de instancias de motivación o de emergencia de una formación ideológica y las consecuencias a estas adjudicadas. Dichas teorías partirían desde una perspectiva «postfreudiana» en cuanto a una dislocación constante en los sistemas psíquicos, y postmarxista –en un sentido, por lo tanto, según se ha dicho, de los albores del concepto moderno de *síntoma*– en el interior de los sistemas sociales. «Ninguna disposición social puede tener éxito completo en resolver los problemas funcionales que inevitablemente

ella afronta»⁶ En este caso, las ideologías quedarán identificadas con diversas formaciones o maneras simbólicas de tramitar la «ansiedad» provocada por las consecuencias de esas fallas y desajustes ineludibles. La metáfora de fondo aquí no sería tanto militar, sino médica. Geertz mostrará cuatro ejemplos en el marco de estas teorías en relación a las «explicaciones» respecto a posibles modos en que algunas de estas formaciones simbólicas operan: «catártica» según la cual ciertas tensiones estructurales son desviadas en objetos de odio (como los judíos, los rojos, los inmigrantes, etc.) —o amor, según el caso—; «moral» en tanto recurso de sostén ante tensiones permanentes, como las elaboraciones autoexplicativas de un fracaso profesional o intrascendencia salvando la «brecha entre las cosas tal como son y como desearíamos que fueran»; «solidaridad» refiere a la fuerza de cohesión grupal que puede generar bajo la forma a una «visión común», destacando en este contexto «los símbolos populares cargados de emociones» de una determinada situación social; y «propugnación» en relación con la forma en que una ideología puede poner de relieve ciertos aspectos de la realidad social que antes pasaban desapercibidos. Más allá de la primera sensación de que se trata de un conjunto de fenómenos diversos agrupados, las críticas de Geertz, además de la simpleza de algunas de las «explicaciones», plantea una cuestión general en relación a las «consecuencias» adjudicadas a las ideologías en el marco de tales análisis, esto es, en su carácter de meramente adventicias. Así como la misma formación ideológica puede llevar a descargar ciertas tensiones puede también llevar a acrecentarlas; no se presenta en ninguno de los casos una relación sino accesoria, secundaria, en el extremo, no perseguida. El énfasis aquí está dado en la falta de un nexo bajo el efecto formal de que una teoría cultural enfocaría justamente en el paso entre estados previos y modos de simbolización, lo cual no implica que este desplazamiento deba incluir en su interior un modo de fundamentación o resolución del problema destacado desde el marco de sus presupuestos. En suma, Geertz rescatará de este contexto por sobre todo un modo de rodear el tipo de problemática a la cual se vinculan las ideologías; los espacios sólo parcialmente en relación a ciertos efectos de desestructura; el lugar en que los sistemas se desestabilizan o desencajan en sus dinámicas,

6 Existiría una dimensión de discontinuidades y antinomias insolubles tanto en la sociedad como en el nivel de la personalidad individual «ella misma inevitablemente un sistema mal integrado de deseos en conflicto, de sentimientos arcaicos y de improvisadas defensas» traducibles en formas de tensión. Cf. *Ibidem*, p. 179. Se podrá destacar además que aquí «postmarxismo» hace referencia a un estado conceptual «posterior a» Marx, sin asumir connotaciones más específicas como las que luego dicho término adquiriría en relación a concepciones marxistas postestructuralistas. Podría resultar de cierto interés observar que aquí también se adopte, al igual que en las últimas, el supuesto de una brecha interna ineludible a los sistemas de sentido, despertando alguna inquietud histórica-conceptual, no obstante según veremos, habría que reconstruir diversos momentos internos en función de una mejor apreciación temporal.

dejan de llenar la homogeneidad de su previamente tranquilizadora organización intencional.

A partir de aquí y de otros elementos conceptuales considerados previamente por Geertz –especialmente *The american business creed*⁷– para el autor, sintetizando rápidamente la estructura de su planteo, las ideologías podrán aparecer como entramados simbólicos tendencialmente figurativos, hipersimplificadores (en contraste con la sobriedad de un largo discurso teórico o científico) tratando una cuestión en términos más contrastantes, de negro o blanco, cargados afectivamente, articulados especialmente a los momentos en los que un orden social comienza a derrumbarse sin existir aun determinaciones claras del «absoluto real» ante el que el tiempo empuja inefalablemente.⁸ Serían, pues, los periodos de crisis, cuando el rumbo se ha dislocado, incluso en el sentido de la palabra rumbo, o cuando las categorías y clasificaciones básicas de un estado de autocomprensión han quedado en suspenso, alteradas, es decir, en los territorios fronterizos, donde se encontraría el «momento» en que las ideologías pueden ser –tal vez, retroactivamente– mejor localizadas.

«Uno necesita» de alguna manera u otra un «mapa» «en un terreno que no es familiar topográficamente»⁹ Ante ese vacío de sentido, las ideologías llenarían metafóricamente la imposibilidad de cumplir o realizar con los recursos disponibles lo que lacanianamente podríamos destacar como el paso de un estado de insuficiencia a uno de anticipación –necesariamente imaginaria– en relación paradójicamente consustancial a la formación de un *cuero*, un existente, o un yo. Las ideologías por lo tanto se vincularían a una dimensión del lenguaje en el que el hombre creador perdería el límite que lo separa de sí y por lo tanto de cualquier determinación subjetiva de esta clase de atribución. En todo caso, la «inquietud» conceptual de tal noción autoafirmativa moderna encontrará aquí una consecuencia en los umbrales de su propia productividad, la tangente por la que se produciría una eventual irresolubilidad que –mas allá de una temprana permanencia de salidas con recursos aun antiguos, o de bifurcaciones antropológicas renovadas– las condiciones conceptuales del siglo veinte retraducirían bajo diversos sistemas o recursos en problemáticas que lo atravesarían en su espesor bajo la incompletabilidad de lo que pueda ser definido o determinado –incluso respecto a su propia constitución, anterior a dicha percepción, como posibilidad– de toda posibilidad de atribución. La «extranjería» generada así en la inmanencia de su propio concepto permi-

7 F. X. SUTTON, S. E. HARRIS, C. KAYSEN y J. TOBIN, *The American business creed*, Cambridge Mass., Cambridge, 1956.

8 El máximo ejemplo de un estado de estas características sería para el autor el contexto de la Revolución francesa, en el que se podría constatar una considerable emergencia de formaciones ideológicas.

9 C. GEERTZ, o. c., p. 191.

tiría tal vez describir al siglo, jugando con las palabras, en su dinámica *en*-metaforicidad de su inconceptuable inquietud.

Volviendo al planteo de Geertz, el autor se detendrá especialmente en lo que considerará como las posibilidades metafóricas del lenguaje, según habíamos visto, en el contexto de tales fenómenos de desplazamiento o metamorfosis simbólica con los que vincula a las ideologías. Es decir, que tales posibilidades guardarán relación con un trabajo de significación o experiencia en torno a dimensiones que no serían pasibles de ser nombradas en el lenguaje literal según los medios disponibles en la coyuntura en que se producen; se tratará entonces, acorde a esta consideración, de unas ciertas posibilidades de «extensión» del lenguaje abarcando texturas y sentidos sólo realizables al interior de un cierto espacio histórico de relaciones –en cuyo rendimiento intraducible a una literalidad, observa el autor, basan su fuerza y forma particular–. Incluso se podrá decir que la metáfora de una «extensión» para comprender el rendimiento de las funciones metafóricas que se consideran implicará aquí un margen simbólico de posibilidades –más allá o más acá de la infinitud históricamente condicionada de la interpretación– bajo la extensión de una cierta orientación. Es decir, que se establecería un modo de comprender algo como unas funciones metafóricas, en el entramado de una conceptualidad.

Con independencia de las eventuales virtudes que puedan o no reconocerse o extraerse a partir del planteamiento geertzeano sobre las ideologías esbozado aquí rápidamente, nos interesará detenernos un momento en los modos en que el mismo se articula a los problemas que definían la clase de antecedentes sobre los que se levanta, es decir, aquellos estados simbólicos de los que este planteamiento tenía la virtualidad de emerger y, a su vez traspasar, trastocando su racionalidad. O, en palabras de Geertz, solucionando sus problemas y abriendo la posibilidad de un nuevo campo de estudios.

DESPLAZAMIENTOS Y TEMPORALIDADES IDEOLÓGICAS

Según habíamos observado, el planteo de Geertz entraba en escena a través de las líneas críticas que el autor trazaba como espacio en que las teorías de la tensión dejaban puntos oscuros o permitían generar una cierta apertura hacia una nueva formación conceptual. El problema detectado por el autor en el marco de estas teorías se vinculaba a su escasa posibilidad explicativa en lo que hace a una presunta (presupuesta necesidad de) conexión entre la emergencia de una ideología y sus eventuales consecuencias. Es decir, lo que se criticaba era el carácter adventicio de tales consecuencias, pasando de allí a una derivación de éste a partir de una desconexión con las condiciones de su formación, argumentando que una perspectiva cultural enfocada justamente en los procesos de producción simbólica –es decir el eslabón intermedio entre

una situación de dislocación estructural y un «mapa» como una suerte de tanteo, entre creativo y performativo, es decir en cómo una ideología efectúa el pasaje narrativamente comprensible en una «planificación» de un programa existencial— terminaría de cerrar un compuesto teórico dinámico capaz de hacer comprensibles los fenómenos en cuestión.¹⁰

Según podremos observar, la construcción conceptual de Geertz hará énfasis en la distancia entre los procesos sociales operantes y la insuficiencia o «inadecuación» de los lenguajes disponibles para aprender dichas realidades en cuyo desajuste se basaría la generación de una situación como la descrita a modo de crisis conceptuales. Tales estados o situación constituirían, según se ha dicho, el espacio propicio en el que el lenguaje o dimensiones simbólicas propias de las ideologías tendrían un rol de especial relevancia; por lo cual, si el énfasis explicativo en este caso —lo cual podría compararse con otros conceptos en el interior de distintos discursos contemporáneos en torno a nociones que guardan con éstas un cierto parecido de familia histórico conceptual— estaría puesto en la distancia o desajuste entre significación y estado de condiciones de una realidad extradiscursiva, y las metáforas son entendidas como una forma de «extensión» de las posibilidades literales entre significativo y concepto, se produciría quizás entre función y cometido de tales dimensiones una adecuación que en nada dista de una nueva relación de analogía (a través de un recurso de explotación —o podría decirse de *expresión*— formal del tipo de necesidad). En definitiva, los medios en este caso podrían aparecer a su vez como metáfora de sus propias funciones; o de algunas de sus dimensiones podría objetarse, puesto que también la necesidad en sí funcional podrá ser una dimensión sobredeterminada de figuración. Otro modo de decirlo, es que entre niveles o realidades de lenguaje se producirían desplazamientos y derivaciones expresivas extrañas a toda verticalidad literal —con temporalidades y asincronías que podrían doblar las esperanzas de alguna genealogía; con lo que volvemos otra vez a nuestro punto de partida—. Es decir, aprovechando un sentido metonímico (pasible él mismo de sufrir nuevos efectos de este tipo o de efectuarse sobre la noción de metonimia) se recordará metafóricamente que en el rebus onírico las «astucias» o la produc-

10 Se observará que el argumento en esta variante crítica (derivada desde el estudio de un posible espacio intermedio hacia la necesidad de existencia de uno de orden explicativo) entre emergencia y consecuencia podría ser el principio de un desajuste interno respecto a algunos supuestos postfreudianos sobre los que el mismo en parte se levantaba; es decir, en palabras de Geertz, en cuanto a aquellas dimensiones sistemáticas vinculadas a un orden de «improvisadas defensas». Pero más importante resulta destacar que una crítica sobre las «posibles» consecuencias de una forma simbólica puede entrar en tensión con el concepto más básico en este contexto acerca de las propiedades de sentido como algo sólo coyunturalmente «realizables» (observado además en el caso de las «complejas conexiones entre símbolo y realidad sociedad» en la eventual fuerza de una metáfora) en el planteo en cuestión.

tividad del lenguaje no puede medirse internamente en relación a su propio nivel –de lo coincidente con lo completamente «real»– pues se localiza, por así decir, a sus espaldas, o de manera transversal, sustancial, inmanente. En este sentido un ejemplo clásico reconstruye cómo la secuencia figurativa en imágenes perceptibles de un sol junto a un dado, una bala y una sierra de cortar puede además adecuarse a la cadena «soldado va a la sierra» sin el mayor reparo en reconocimientos de cuáles son los caminos correctos de relación entre una clasificación convencional de niveles o elementos en el mundo de lenguaje. He ahí las dificultades o los riesgos decíamos al inicio en las relaciones no fácilmente reconocibles en las migraciones bajo la aspiración de un supuesto beneficio de inventario.

Según habíamos observado, el pasaje que implicaba el tipo de articulación de una perspectiva cultural simbólica –inspirada en buena medida en «las grandes corrientes del pensamiento siglo XX»– en relación a sus antecedentes debía a su vez entenderse de manera simultánea a la salida de un estado conceptual previo a una caracterización finalmente científica u objetiva del concepto en cuestión.¹¹ Es decir, que se trataba nuevamente de un espacio de *paso* entre dimensiones ideológicas (no en cuanto formas figurativas o imágenes, sino como no objetivas) y dimensiones conceptuales propias de una objetividad, en este caso, tal vez, nuevamente –aunque esta es la cuestión problemática de la que Geertz dirá salirse «corriéndose a un lado» y formulando un concepto objetivo– en el vértice –o mejor, en diagonal– de una reduplicación de su problemática –a la manera de una desplazamiento– entre niveles de discurso; es decir, en el plano del tramado del problema de su propio concepto.

En torno a este momento argumental propio de un corte, se podría decir, más longitudinal y en un plano conceptual de aspiraciones epistémica profundas, recordemos que el planteo geertzeano reconstruía el campo de su emergencia tomando una variedad de ejemplos de los que se permite extraer el tipo de cuestión que el mismo considerará en relación al punto problemático que irá organizando como crítica (en tanto conceptualidades «evaluativas») a partir de la cual generar un terreno propicio al planteo de su intervención como

11 Una rápida consideración de algunas propiedades formales discursivas podría observar que una linealidad de fases conceptuales sucesivas hacia una mejor y final localización de un estado como el que originalmente se habría deseado, en parte presupondría además algún tipo de permanencia o suerte de denominadores comunes transtemporales (en este caso entre un sentido decimonónico, uno postfreudiano y uno como el que en el último tercio del siglo veinte se vendrá a plantear aquí –por comenzar, deslizando un poco más el gesto conjetural, en cuanto a la inexistencia de una historicidad en el concepto de objetividad, y por lo tanto del tipo de relaciones de las que se estaba tratando). Se observará también que la homología con una cuestión tradicionalmente ideológica como la del pasaje hacia una mirada objetiva podría formar parte del «sentido acusativo» del concepto (que aquí se vendría justamente a intentar modificar) en este caso, aplicado al concepto *ideológico* de ideología.

movimiento hacia un concepto finalmente científico.¹² Luego de dicha reconstrucción, el argumento condensará buena parte de su problemática, es decir de su variación del problema en cuestión a través de la interrogación acerca de «cómo es posible» que un concepto de dicha naturaleza se encuentre ubicado en el centro de la ciencias sociales: es decir, en la forma de la cuestión más básica de «qué está haciendo un concepto tan egregiamente cargado entre los instrumentos analíticos de una ciencia social» en tanto disciplinas que aspiran a una pretensión de «fría objetividad».¹³

Más allá del desplazamiento –si tenemos en cuenta el punto de partida que parecía presentarse en un sentido «histórico intelectual»– en dirección hacia una perspectiva en términos de contenido ideales, o positivos –es decir, presuponiendo que tales listas de categorizaciones serían en sí mismas, por fuera de los contextos y las traducciones de ellas a planos de otro orden, pasibles de una atribución de un carácter inherentemente «valorativo», lo que sería un punto de tensión problemático en el contexto del trabajo– interesa destacar un presupuesto implícito en la inversión de la pregunta; es decir, el hecho de que en principio la ciencia podría no tener derecho a determinar aquel tipo de circunstancias que quedarían por fuera del límite de su campo, es decir, no tendría derecho a prescribir su campo de objetividad a través de una determinación de lo diferente a lo propiamente interno a él. Pero el argumento no tendría demasiado sustento si no se observa que no podría tratarse de cualquier género de exterioridad, sino de una que se presentaría de un modo constantemente problemático –como históricamente sería al menos coincidente– en la tensión de un momento cuyas fronteras, sus pasos y sus umbrales parecen retrotraerse o entrecruzarse, volver a coincidir permanentemente en el lugar de esos mismos bordes, entre temporalidades y planos diferentes que se retraen o se dislocan, en a-sincronías o desplazamientos. En todo caso, se habría al menos de intentar sospechar de la posibilidad de una relación del concepto con dicho campo cuya ambigüedad u oscilación no pueda definirse acorde a una diagonal intrínseca pre-estructurante o formalmente sustancial (oníricamente) de algún modo en su dinámica –y por lo tanto inaccesible ante sí– ni a un lugar nombrable en el interior conceptual de la palabra del lenguaje (de la ciencia) normal.

Como habíamos observado, el problema de en qué lugar o en dónde –si acaso en alguna parte– termina la ideología y comienza la ciencia, era pasible de ser salvado según el argumento geertzeano a través de la formulación de un concepto de ideología *objetivo*; es decir un concepto conceptual en lugar

12 Entre otros ejemplos, se mencionan definiciones del pensamiento ideológico como algo «sospechoso», «dudoso», «erróneo», «torcido», «contaminado», lo cual se condensa, en la fórmula de Parsons, «que se desvía de la objetividad científica» (Ibidem, pp. 173-175).

13 Ibidem, p. 175.

de un concepto ideológico. No obstante el problema, según se observa, es que toda formulación requiere de un campo previamente constituido en el que adquirir un sentido o simplemente articularse siendo que aquí, al quedar determinado el concepto a través de una exclusión constitutiva del campo en que dicha formulación se efectuaría, es decir el campo de la objetividad científica, se pierde de vista el modo en que aquello podría realizarse. En otras palabras, que la posibilidad de una formulación completamente interna al campo de la objetividad pasaría a depender de un espacio discursivo de cuya constitución, mediante dicha determinación, aquí se trataría, presentándose por lo tanto al parecer un problema lógico o temporal.¹⁴ Se podría ilustrar también este punto de tensión, aunque el mismo es extraído de los propios presupuestos geertzeanos en cuanto al sentido como algo sólo realizable al interior de un espacio discursivo y cultural específico, a través del argumento desarrollado por Ernesto Laclau en diversas oportunidades; esto es, sintetizando una serie de pasos argumentales: si tomamos como punto de partida que no hay sentido más allá del «juego de las diferencias», y que «el discurso» (entendido aquí como sistema coyunturalmente estructurado de posibilidad significativa diferencial) es el terreno primario de constitución de toda objetividad; las condiciones de constitución de dicho sistema implicarán la necesidad de nueva diferencia, pero como lo límites del sistema serían en dicho caso «coincidentes con lo completamente real», de qué naturaleza podría ser –se pregunta el autor– un tipo de entidad de la cual el sistema se diferencie en orden a su constitución como tal. En este caso, tal como continua el argumento –lo cual que es mostrado además por Laclau especialmente en el terreno del espacio político– al no poder darse la contabilidad o determinación de una entidad o elemento por fuera de tal sistema coincidente con la totalidad del sistema de las diferencias –presuponiendo éste no obstante, un límite, y por lo tanto, un mas allá, y alguna forma de cierre– el elemento (que pase a encarnar o dar lugar a alguna forma de representación del objeto imposible, la totalidad del sistema, al cual ningún elemento interno corresponderá nunca de manera literal) a través del que tal posibilidad se lleve a cabo será de la naturaleza de un

14 Se podrá sospechar aquí de una eventual conjetura a través de una dinámica similar a la del *déjà-vu* en el estudio gramático-político de Paolo Virno, según el cual dicho fenómeno psíquico podría entenderse a partir del hecho de que la función de memoria o reactivación de una huella mnémica para decirlo freudianamente, tiene como presupuesto un momento histórico puntual tal vez genealógicamente perdido en el que dicha huella se grabó en un tiempo presente de una experiencia –siendo que el fenómeno del *déjà-vu* pondría «en acción» o en funcionamiento, por así decirlo, de manera simultánea ambas funciones o momentos psíquicos al mismo tiempo: la de *ver* (lo que se-está-viendo) y la de *recordarlo*. La de grabar y la de reactivar lo grabado. Como dice el autor, se trataría de una especie de «recuerdo del presente»; una vez más, de un terreno de límites difusos entre realidad e imagen. Véase P. VIRNO, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

exclusión; es decir, de un elemento diferencial «interno» que contribuirá en una lógica (inmanente a la constitución del sistema) esencialmente catacrética y *figurativa*.¹⁵

Cambiando un poco la perspectiva, aunque sin entrar en contradicción con el tipo de contexto en el que ubica Geertz a las ideologías, el hecho de que el concepto se encuentre acompañando a la ciencias sociales desde sus albores podría parecer aquí un dato que nada tendría de accesorio, o históricamente contingente; o la relación del mismo y de éstas con el proceso de modernidad en términos más amplios, a su vez dar un nuevo sentido a los pasajes geertzeanos en torno a la virulencia que rodea a los espacios de metamorfosis de una metáfora, en la posición de los puestos del hombre y el mundo, y la carga afectiva que se proyecta sobre los significantes y conceptos articulados a tales procesos. Considerando el trabajo de *exclusión* descrito por Laclau en el contexto de una lógica esencialmente catacrética y «figurativa», un sentido diferente podría adquirir quizás también la frase inicial según la cual el concepto en cuestión se presentaría como «una de la ironías de la historia intelectual moderna». Pero tampoco se pretende escapar demasiado aquí del mundo del plano conceptual del lenguaje, de la posibilidad, metaforológicamente.¹⁶

Volviendo a la cuestión del modo de articulación del planteamiento geertzeano, encontrábamos entonces un esquema en términos de etapas conceptuales o teóricas sucesivas al menos como momento argumental en el que se presentaba una integración –a los avances tradicionales– de una perspectiva simbólica-cultural consustancial a un estadio de realización que dejaba atrás, finalmente, al concepto *ideológico* de ideología. Se trataría quizás por lo tanto a su vez del empleo o la presencia de una forma simbólico-cultural en la que se daba expresión a un sentido de inmanencia y disrupción, si bien bajo los presupuestos de una temporalidad de aquello de lo que se decía escapar; es decir, que además se podía entender como vinculación de un supuesto pasible

15 Respecto a dicho elemento problemático en el que se inviste, se proyecta, se encarna tropológicamente un modo de comprensión de una totalidad imposible, se entenderá que el resto de los elementos internos entran entre sí en relaciones equivalenciales –por oposición diferencial con el excluido– conservando no obstante un resto intra-diferencial que los sostiene en tanto *elementos*, entrando temporalmente en una dinámica de tensión insuperable entre diferencias y equivalencias y los modos de representación de dicho objeto imposible. Véase E. LACLAU, *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

16 Otro tipo posibilidad, invertida en un cierto modo, o sobre un nivel diferente, sería observar que la cuestión del límite entre dimensiones subjetivas y objetivas parecía definir la problemática bajo la forma de una reduplicación en un plano discursivo diferente, de manera inmanente al propio discurso, minando su mismo referente, o mejor sus mismas funciones –referenciales, significantes, conceptuales, etc.– dada la fuga inclusive a un nuevo plano, es decir, que aquí ideología sería quizás un nombre para el punto de dislocación en un cierto esquema de la misma clasificación simbólica del mundo simbólico y extrasimbólico *desde la cual* se intenta dar cuenta de aquello que le sería inmanentemente extrínseco.

de producir una cierta tensión en el interior de un conjunto conceptual inspirado en las «grandes corrientes del pensamiento del siglo XX».¹⁷

No obstante este énfasis histórico, o de un despliegue gradual hacia un estado finalmente no-ideológico, el autor parece desplazarse sobre el otro polo de posibilidades (acorde a las lecturas marxistas del siglo XX) –reforzando así tal dependencia, aunque bajo la trama de una época de la forma– encontrándonos, sintéticamente, con la pregunta observada en cuanto a «qué está haciendo un concepto así en el centro de las ciencias sociales». Es decir, que encontramos bajo la forma de una misma construcción argumental a una noción sobre el desarrollo de unas posibilidades históricas previamente no disponibles y una suerte variación sobre unas dimensiones normativas en cuanto al tipo de relación de la que se trata –la cual cumpliría una función no menor aunque paradójica en la economía de su discurso, la que el mismo autor describe como un «correrse a un lado del problema» de la objetividad, aunque en un sentido probablemente diferente al dado por el autor; es decir, en sentido más literal, dejándolo sin tocar–. Variación que sería además una muy particular o curiosa manifestación –en la amplia gama de expresiones formales de una problemática en el espesor de posibilidades simbólicas de una contemporaneidad– del momento de una decisión en la tensión propia de buena parte de una época de la forma. Lo que bastaría para llevar adelante una modificación del estado conceptual de una problemática sería atribuible a una serie de posibilidades a disponibilidad de una subjetividad pasible de una atribución de esta naturaleza.¹⁸

OBSERVACIONES SOBRE ALGUNAS IMÁGENES DE LA TEMPORALIDAD IDEOLÓGICA

Buena parte de la estructura general del planteamiento geertzeano cobraba forma a través de un proceso en el que las estructuras de posibilidad de

17 Se observará por otra parte que no se ha aprovechado aquí la ambigüedad en la cuestión de «en dónde termina la ideología» –en una dimensión temporal y otra relativa a los pasos entre esferas– en el sentido de cómo una de ellas podría dejar lugar a una reconstrucción en función de una desconstrucción de la otra en el argumento y movimiento del texto, explotando o conservando, en su lugar, el rendimiento de ambas posibilidades, siguiendo no obstante posibles problemáticas derivadas de las mismas.

18 Sería quizás interesante establecer una lectura comparada entre este esfuerzo teórico observado y el desarrollado por Althusser en un mismo sentido de manera contemporánea, de lo cual se podría decir, prematuramente, que presentarían el interés particular de encontrarse operando sobre el vértice de una tensión sintetizable metafóricamente entre fenomenología y estructuralismo, y en el subsiguiente desplazamiento hacia una posibilidad comprensible, tal vez, al menos blumenbergianamente, como post-fenomenológica. Véase M. GONZÁLEZ, «Reflexiones conceptuales (post) althusserianas: ideología, sujeto y cambio histórico», en *Psikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales*, n.º 7, año 3, Buenos Aires, 2008, digital en: <http://www.psikebacom.ar/numero/0007.htm>.

sentido eran desplazadas en función de un estadio de «inadecuación» de las mismas respecto a una realidad en cuya inevitabilidad y fuerza propia parecían recaer todas las expectativas de una «explicación» natural de la fuente de producción de tales fenómenos. En todo caso, lo que bajo estas circunstancias quedaría sin ser tratado sería bajo qué condiciones de recepción o comprensión dichas transformaciones en la realidad se abrirían paso o cobrarían alguna forma –siguiendo a los ejemplos del texto, se podría decir, en sentido amplio– institucional. Incluso se podría ilustrar este punto a través de un pasaje secundario en una nota del propio planteo geertzeano, según el cual, en el marco de una reflexión en torno a la revolución francesa, «también es importante recordar que el principio [de organización de la vida política pre-moderno] quedó destruido mucho antes de la muerte del rey; ésta fue sólo un sacrificio ritual hecho al principio que lo sucedió.» Siguiendo un pasaje de A. Camus, «Cuando [Saint-Just] exclama –continúa el argumento–: ‘Determinar el principio en virtud del cual el acusado [Luis XVI] quizás haya de morir es determinar el principio por el cual vive la sociedad que lo juzga’, Saint-Just demuestra que son los filósofos quienes han de dar muerte al rey: el rey debe morir en nombre del contrato social»¹⁹

Por lo cual, el argumento general en el que se sostiene o al que se articula la construcción metafórica-ideológica geertzeana, esto es, a través de un modelo en el que las tramas conceptuales (o los *principios* de comprensión por los cuales cobra sentido la vida y experiencia de una sociedad determinada) serían removidas gracias a los cambios en las «realidades» que hacen a las mismas volverse obsoletas e inadecuadas, podría apoyarse, acorde a esta posibilidad, en el terreno de una suerte de circularidad argumental. Las transformaciones en las condiciones de comprensión dejarían lugar a unas condiciones de cuya realización dependerían aquellas transformaciones.²⁰

Finalmente, la articulación de esta problemática al interior de una posible secuencia histórica en relación a las transformaciones en las maneras de comprender los procesos de transformación en los modos de comprensión manifiesta en cuanto a los elementos que se consideran en cada caso, reconduciendo las tensiones por una vía diferente a una problemática histórico-intelectual, podría además destacar, según este contexto, el siguiente argumento.

Si una *formación* dependiera, por un lado, de unas ciertas condiciones estructurales implicadas por el tipo de necesidad (histórica) contingente, sis-

19 C. GEERTZ, o. c., p. 192. La cita corresponde al texto de A. CAMUS, *The rebel: An essay on man and revolt*, Vintage, New York, 1958, p.114.

20 Es aquí donde el sentido previo a un terreno al que se podría llamar post-fenomenológico en Blumenberg parece cobrar mayor relieve en el texto geertzeano. Véase en relación a un problema semejante, la lectura introductoria de E. PALTI en R. KOSELLECK, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001.

temática intencional de sentido, y por el otro, del conjunto de elementos de ascendencias diversas provenientes de diferentes sistemas y órdenes de necesidad coyunturales; o, en términos históricos si encontramos que las «ideas» en tanto unidades atómicas han pasado a constituir, a igual que las propiedades referenciales, sólo una de las funciones o dimensiones del lenguaje a tenerse en cuenta, o que importantes estudios han hecho énfasis en el sentido de una consideración de unidades densamente históricas a ser entendidas en términos de condiciones diferenciales e intencionales de un cierto contexto de posibilidad de sentido, unos ciertos lenguajes, en tanto formas de producción de ideas, de articulación, de circulación, a la vez se podría sospechar que el estado de un registro intencional pueda derivar algunas de sus propiedades sistemáticas de variables reconducidas de ciertas condiciones semánticas en función de sus propiedades formales, en el trabajo de una intencionalidad. Acorde a un especial tipo de descentramiento funcional en el interregno de una aproximación a una metafórica en relación a su *trabajo* –siguiendo aquí al texto blumenbergiano– se observará que además de sus propiedades disruptivas, reapropiativas en función de una integración de lo disruptivo, o consustanciales al vacío de sentido que vienen a llenar, se encuentra la de una precondition de ciertas consecuencias «declinativas» en el interior de la actividad simbólica. Un ejemplo tal vez emblemático de que no sólo los conceptos sino la actividad discursiva puede estar operando al interior o en relación a valores formales metafóricos, podría ser el de la definición –en desplazamiento– de la verdad y su «potencia» como causa eficiente y no causa formal en Tomas –«el conocimiento es un efecto de la verdad»– en la que Blumenberg observa su estructuración metafórica: «Este parece un enunciado puramente terminológico y sin imágenes, incluso ‘pura Escolástica’, pero cuando se le mira más de cerca resulta claramente orientado a un trasfondo metafórico» o, en términos más generales, las metáforas no tienen necesidad de manifestarse en la esfera de la expresión lingüística, «pero un complejo de enunciados se fusiona de súbito en una unidad de sentido si es que, hipotéticamente, se puede descubrir la representación metafórica que le sirve de guía.»²¹ Lo cual podría entenderse quizás como un capítulo de una «forma del contenido», considerando que las propiedades inherentes a la estructuración de una imagen, en una disposición semántica, la musicalidad de las formas que expresan en su sentido puedan operar también como tendencias o derivaciones declinativas. Si Derrida planteaba un programa en torno a la subestructura grafemática de todo signo, un sentido metaforológico comenzaría quizás por destacar el carácter imaginal inmanente a todo texto. La configuración

21 H. BLUMENBERG, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003, p. 57. Véase, también del mismo autor, *Naufragio con espectador. Paradigma de una metáfora de la existencia*, Visor, Madrid, 1995.

de una serie semántica o discursiva comprendería una estructura pasible de descomposición metaforológica. En H. Silberer, la exploración de los *pasos* entre pensamiento e imagen en la vida onírica, integrados a un campo en el que además habrían de considerarse las consecuencias y particularidades de la salida del sueño y el «recobrar consciencia y mundo», destacaba ya ciertas trasposiciones visuales de contenidos y estados a través de su consideración formal; lo que permitirá la inversión correlativa a través de una variación en la noción de otro contemporáneo y la expresión lingüística de «imagen fónica». Que el pensamiento fuera entendido en una diversificación de Saussure como asociación, desplazamiento, movimiento de una imagen fónica y una dimensión conceptual arbitrariamente ligadas, no parece del todo alejado superficialmente de nuestro punto de partida y el hecho de que tal género de noción del pensamiento se encuentre en la psicología de inicios de siglo, como se observa por ejemplo en las consideraciones de Freud en su breve texto «Palabra y cosa»²². Por lo tanto, cuando se intentan concebir ciertas unidades a través del paso del tiempo, se podrían quizás considerar algunas determinaciones de manera también invertida, entre planos de lenguaje, en relación a sistemas sucesivos, es decir, como hemos observado, de unas ciertas posibilidades en el vasto mundo de los desplazamientos y los pasajes.

En un breve excursus derivado de este apartado, se podría considerar asimismo un hipotético modelo de análisis histórico intelectual que organice sus unidades y escenarios en términos de sistemas, por un lado, de diverso orden, superpuestos, integrados en cada coyuntura general traducible a un cierto mundo coincidente con los bordes últimos de lo contable –en su interior–; así como de elementos semánticos pasibles de un tratamiento en términos sucedáneos a las otrora entendidas como «ideas», es decir partículas de sentido que cargan con una historia hecha de contextos y contexturas que las hace llegar a un presente de determinada manera independiente al estado de condiciones estructurales que intentan articularla, no obstante esa independencia pueda ser parcial, en caso de basarse tal estado en una transformación más o menos radical de los principios precedentes aunque formando parte –en el extremo, la cuestión donde recaen las miradas– de una misma historia; elementos que podrían dividirse en contenidos manifiestamente articulados, en «ideas» históricamente latentes, pre-conceptuales, y contenidos arcaicos, histórico discursivamente inconscientes, de los cuales se nutrirían aspectos sustanciales de los lenguajes, los imaginarios, las formas, etc. de una historia espiritual. Pero una metáfora de esta naturaleza podría sufrir alguna determinación del tipo de una relación según la cual, acorde a una variación del modelo de Piaget,

22 S. FREUD, *Obras completas*, Tomo 14, Amorrortu, Buenos Aires, 1994. En el texto «Palabra y cosa», que corresponde al apéndice C de *Lo inconsciente* (1915), puede verse una noción análoga a la de imagen fónica en la psicología de la época.

las condiciones de recepción de elementos de otros sistemas y los efectos a ello implicados (de reacomodación, adaptación, de desplazamiento mutuo, variación, de resistencias, de restos diferenciales, equivalenciales, etc.) podrían aparecer explicadas en algunas de sus dimensiones bajo una perspectiva tridimensional (topológica, dinámica y energética) en relación a un plano pragmático. Así, se podría tal vez decir que las ideas manifiestas más exitosas acorde a un rendimiento energético, se localizarían en un espacio de encuentro entre los sistemas tal que una relación entre dicha articulación semántica a un contenido pre-conceptual a su vez objeto de distintos grados según el caso de derivación o conexión con fuerzas de un plano inconsciente, generaría las condiciones para un trabajo de diversa intensidad diferencial –sin olvidar que se trataría de dimensiones pragmáticas e históricamente reconstruibles hasta un cierto punto, acorde a las disponibilidades y recursos o los sistemas y elementos que integran un campo general de realidades vitales. Una inversión en el tipo de comprensión implicaría quizás un espacio de indecidibilidad en cuanto al género de dirección de la que se trate; sea que el registro de las fuerzas operantes propias de un plano inconceptual se encuentren en el seno de una *articulación*, de una forma, singular, contingente, de una palabra, o bien que se trabaje a través de los elementos en la generación de un espacio de interconexiones y catexias. El énfasis en que lo inconceptuable lejos de tratarse de un recuerdo a recordar sería una dimensión inmanente contingente y consustancial a un rendimiento actual del lenguaje, generaría a su vez el espacio para una comprensión en función de un posible campo post-fenomenológico. Extendiendo en otra dirección dicha metafórica de fondo, podría entenderse además que tales «ideas» arcaicas formarían parte de sistemas de sentidos hoy desaparecidos, no obstante vinculados a dimensiones operantes entre marcas y huellas tan invisibles como imponentes (en el seno del auto extrañamiento discursivo o la dificultad siempre difusa de una auto comprensión definitiva) de cuya reactivación o traspaso derivaría la virtualidad de una formación en acceder a posiciones de cierta hegemonía o intensidad en el orden de una situación, sin que sea ésta una única variable o factor de realización. Los ejemplos en Blumenberg en el seno de su estudio del paso de las texturas simbólicas e ideas a través del tiempo, en los que muestra por ejemplo, cómo en un punto determinado un discurso se alza hábilmente entre la articulación de diverso orden de material histórico espiritual e imaginario –en una variación pero aprovechando el rendimiento del «ajuste» de las formas, entre el efecto de novedad y el acomodo a las huellas preexistentes en el lenguaje²³–; o bien para volver sobre el texto y destacar el provecho en nuevas formas de

23 Entre tantos ejemplos, podría referirse azarosamente a H. BLUMENBERG, *Salidas de caverna*, A. Machado Libros, Madrid, 2004, pp. 43, 180, 186, y 261, o *Paradigmas*, p. 141, entre otros.

comprensión en la secuencia de problemas sociales presupuestos contemporáneos y cuestiones como la de los modos de concebir algo como una totalidad. Contexto que podría dar lugar a una tendencia a pensar en términos de ideas arcaicas de la humanidad, a modo de una deriva en dirección antropológica, o también sostenerse en cuanto a una cierta composición pragmáticamente concebida, enraizada en las condiciones de recepción o discursivas en sentido amplio de una situación, es decir, en una de las *tensiones* propias del texto blumenbergeano, con la que volvemos, una vez más, a nuestro punto de partida. Es decir, también, sobre la posibilidad en las dinámicas de un texto en libre variación.